

El culto a la muerte

por el doctor LUIS M.^o CALLIS



En todos los países y épocas, se ha dado a la muerte la misma importancia que al nacimiento, creando, naturalmente, para cada uno de esos límites vitales, sus ceremonias y creencias especiales.

La existencia de algunas ceremonias, unas han dado lugar a ciertas creencias o supersticiones que se han perpetuado y modificado a través del tiempo, otras tuvieron que desaparecer, o bien por los perjuicios e inconvenientes a ellas inherentes, o bien al compás del progreso de la humanidad.

En uno de nuestros artículos anteriores ya hablamos del embalsamamiento, en varios países, especialmente en Egipto; esa práctica era factible en dichas regiones, por sus condiciones atmosféricas y por el clima seco que les es propio.

Pero en otras partes, en las que no concurrían las mencionadas circunstancias, forzosamente debían recurrir a otras prácticas.

En Tahití, cuyo clima es asimismo seco, la disección se conseguía colocando los cadáveres bajo una plataforma construida con estacas y ramajes.

En Formosa se sometía a los cadáveres a la acción del calor provocado por un foco de fuego.

En las civilizaciones primitivas, de tipo prehistórico, los cadáveres eran guardados en cabañas construidas con ramaje, como por ejemplo en las comarcas de Mentón.

Posteriormente, hicieron su aparición los **dólmenes**, los **crambechs** y los **menhires**, primeros monumentos funerarios del género humano.

Aun en la actualidad, reminiscencia del tiempo antiguo, perpetuada por la religión, existen en la India, las **torres del silencio**, torres construidas de piedra, en cuyo recinto sagrado son colocados los cadáveres en espera, no muy larga, de que sean comidos y descarnados por aves de rapiña.

En los poblados aborígenes de la bahía de Hudson, de las orillas del Mississipi y del Canadá, partiendo de la creencia de que la vida es sólo un fruto, y como tal debe evolucionar, suspenden los cadáveres de las ramas de los árboles.

La inhumación hace su aparición en los pueblos agrícolas; así podemos leerlo en varios pasajes bíblicos; mas esa costumbre por

su fácil práctica, se extendió al extremo que entre los romanos, se llegó a darles sepultura en el mismo domicilio; del mismo modo en la edad media y moderna y aun en la época contemporánea se daba sepultura dentro del recinto de las iglesias.

Fueron los países guerreros, con la frecuencia de sus luchas, la cantidad exorbitante de sus muertos y el peligro que representaba una epidemia, que introdujeron, como firme paso civilizador, la práctica de la incineración.

Esas prácticas fueron forzosas entre los romanos, griegos y mejicanos, y asimismo entre los hindús, si bien entre éstos fué y es debido a las pocas condiciones higiénicas de este país.

De la práctica crematoria eran únicamente exceptuados los suicidas, los muertos por el rayo o los cadáveres de personas impuras (parteras, leprosos, recién nacidos, etcétera).

El Emperador romano Sylla fue el primero que se hizo quemar después de muerto. En Atenas era privativa de los ricos y los poderosos, en Méjico para los caciques y los nobles, en la India únicamente podían sufrir la cremación la casta militar y la de los brahmanes. Los cadáveres de las otras castas eran arrojados al Ganges.

Al compás del tiempo, esa práctica fué desapareciendo y salvo en la India, el pueblo volvió a sus antiguas costumbres, poco higiénicas y nada aconsejables.

En la retirada de Napoleón en Rusia, los naturales de este último país practicaron la cremación de los cadáveres.

Los alemanes quemaron en Montfaucón cerca de cinco mil cadáveres en un plazo de catorce días.

Asimismo fué practicada en la batalla de Sedán, en Metz, en la guerra turco-servia.

Para evitar los peligros de infección o epidemias siempre posibles a cúmulos de cadáveres, no existe otro remedio profiláctico que la cremación por el fuego, quizás no aconsejable por el espectáculo; o el empleo del sepultamiento de los cadáveres en zanjas, interponiendo entre cuerpo y cuerpo, así como separando por pisos los mismos, mediante una mezcla de arena o tierra y cal viva.

